

Antípodas de Valparaíso

Cartografía de los teatros y cines en el imaginario cultural porteño de los años
sesenta

Resumen

Esta investigación busca explorar y reconstruir la cartografía cultural de Valparaíso en la década de los sesenta, enfocándose en sus teatros y cines como escenarios clave del imaginario cultural porteño. A través de un recorrido inmersivo e interdisciplinario, se rescata no solo la oferta teatral y cinematográfica de la época, sino también las vivencias de los públicos locales. El concepto de 'antípodas' guía esta indagación, iluminando las dualidades y contrastes que definieron la efervescencia cultural de una ciudad marcada por la tensión entre tradición y modernidad, centro y periferia, pasado y presente.

Javiera de Luna, actriz, creadora e investigadora escénica

Cristobal Sánchez, cineasta y fotógrafo

Diciembre, 2024

La ciudad-puerto como antípoda

El presente documento se articula en torno al concepto de "antípodas", entendido como un eje creativo y reflexivo sobre las tensiones y dualidades que han moldeado la identidad cultural de Valparaíso a lo largo del tiempo. Este término, habitualmente asociado a la oposición geográfica en el globo terráqueo, se convierte aquí en una metáfora para analizar la coexistencia de opuestos en el tejido urbano, social y cultural de la ciudad.

Valparaíso, al desarrollarse de manera orgánica y casi caótica, sin una carta fundacional, ha adquirido un carácter único y diverso. Esto ha dado lugar a una ciudad donde la élite y marginalidad; tradición y modernidad; permanencia y cambio no sólo conviven, sino que se entrelazan de formas inesperadas. En esta configuración, los teatros y cines de Valparaíso han ocupado un lugar central, funcionando como espacios donde estas diferencias se expresaban, negociaban y, en ocasiones, se reconciliaban.

El análisis de Marco Chandía (2013) sobre la bohemia porteña, particularmente en el barrio Echaurren, es clave para abordar estas dualidades. Chandía destaca cómo la supervivencia de una cultura popular ha sido esencial en la construcción de un estrato sociocultural que es a la vez popular y cosmopolita. Su estudio señala que en Valparaíso existe "una forma de vida cuyos rasgos se mueven entre la tradición y la modernidad, entre el pasado y el presente, entre un saber popular y otro moderno", y que esta convivencia de extremos no solo es posible, sino también necesaria para la identidad de la ciudad (p. 26). Además, sostiene que "son dos mundos que, aunque distantes en cuanto a casi todos sus quehaceres, ocupan el mismo lugar, un habitar común que con los años le da al puerto esa impronta suya: la ciudad de los contrastes" (p. 67 -68).

Estos contrastes también se hicieron evidentes en la oferta cinematográfica y teatral de la ciudad durante la década de los sesenta. Este período se caracteriza por un auge cultural que, a través del teatro y el cine, permitió la coexistencia de propuestas populares, comerciales y experimentales. Los teatros y cines no solo fueron escenarios de expresiones artísticas, sino también lugares de encuentro donde se reflejaban y desafiaban las dinámicas sociales de la época.

El concepto de "antípodas", entonces, no solo nos permite entender las contradicciones que definen la identidad de Valparaíso, sino también su reflejo en la estructura social, urbana y patrimonial de la ciudad. En este marco, los teatros y cines no eran únicamente plataformas para el arte y el entretenimiento, sino también espacios donde se expresaban y reforzaban las identidades colectivas. Desde esta perspectiva, este documento propone un recorrido reflexivo y creativo por la memoria cultural de Valparaíso, inspirado en el concepto de "antípodas" como lente para analizar cómo estas tensiones se materializaron en los espacios culturales de los años sesenta y cómo estas dinámicas pueden ser resignificadas en el presente.

Ecós de una ciudad en transformación

Valparaíso, puerto de todos los vientos y luces, es una ciudad donde los cerros dibujan historias al ritmo de su gente. Una urbe polifacética que emerge desde la convergencia coral de sus narrativas, biografías y realidades de clases. En Valparaíso, las apariencias engañan; desde las alturas, con su vista privilegiada al mar que evoca libertad y amplitud, se albergan los sectores más desposeídos, mientras abajo, en el plan, el comercio y las élites marcan un contraste vibrante. Es esta paradoja —donde aquellos con menor acceso a los beneficios del puerto son quienes habitan más cerca del cielo, la vista al océano y los cordones montañosos— la que configura una identidad urbana forjada en la coexistencia compleja y contradictoria entre opuestos, que se teje entre riqueza y carencia, lo viejo y lo nuevo, permanencia y transformación, entrelazándose en un pulso cautivador.

En los años sesenta, este Valparaíso de tensiones se convierte en un hervidero de cambios políticos, económicos y sociales, tanto a nivel local como nacional. Es una época de grandes sueños y profundas contradicciones, donde el país entero respira la modernización. Las reformas sociales, como la Agraria en 1962 y la Universitaria en 1968, prometían justicia y equidad, aunque no sin desatar fricciones entre lo tradicional y lo moderno. La efervescencia ideológica de la época estuvo atravesada por un tránsito desde los ideales reformistas del Frente Popular hacia movimientos sociales que reivindicaban lo popular problematizando las jerarquías sociales y económicas.

En este contexto, las instituciones académicas fueron testigos de un fuerte aire de cambio cultural. Sus aulas y talleres se convirtieron en espacios de reflexión y experimentación. En ellas, las prácticas artísticas comienzan a cuestionar no solo las estructuras políticas, sino también las formas tradicionales de hacer arte. La Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, por ejemplo, marcó un giro hacia un arte comprometido con los problemas sociales, lejos de la estética elitista y más cerca del latido del pueblo. Era un arte para las calles, para los explotados, para un país en transformación como según señala Soledad García Saavedra (2019):

“(…)En ese proceso transformador, la modernización en el campo universitario condujo a una serie de pugnas en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, donde a inicios de los años sesenta una fracción de académicos y estudiantes apelaron a una formación y una vocación de los artistas más estrechas con los problemas de la vida social y al servicio del pueblo, así como al compromiso político, a la denuncia y al trabajo junto a los más explotados, en vez de a un perfil académico subordinado a los intereses corporativos de la educación, las industrias y el bienestar de la sociedad” (p. 57)

A principios de los años sesenta, el teatro en Valparaíso respiraba con dificultad, sostenido por la pasión de quienes se atrevían a crear. Las iniciativas fueron fruto del esfuerzo personal o grupal, lejos de un apoyo estatal que impulsara su desarrollo. Según señala la investigadora Verónica Sentis (2012), el teatro porteño carecía del respaldo institucional que gozaban los Teatros Universitarios de Santiago, dejando a los artistas locales a la deriva hasta el gobierno de Frei Montalva (1964-1970). Fue entonces cuando el acceso al arte comenzó a perfilarse como un derecho más allá de las clases sociales.

En este contexto, compañías como ATEVA (Asociación Teatral de Valparaíso) y TIP (Teatro del Instituto Pedagógico) unieron fuerzas en 1967 para dar vida al Teatro Universitario de Valparaíso. Este espacio buscó conectar la tradición académica con las nuevas corrientes artísticas de la época, ofreciendo terreno fértil para la consolidación de nuevas propuestas artísticas y locales. Instituciones como la Universidad Federico Santa María con el CEUT (Centro de Estudios Universitarios de Teatro) , el Aula Magna de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile sede Valparaíso, el Instituto Chileno-Norteamericano y el IPA (Instituto de Previsión de Empleados) también desempeñaron un papel importante, fomentando actividades interdisciplinarias y promoviendo la participación cultural.

Un espacio destacado dentro de este panorama fue el Colegio Barros Luco, que en ese entonces operaba como una "escuela artística" abierta y gratuita. En este lugar surgió el TEPRO (Teatro de Profesores), fundado por Eloísa Peña y René Aguayo, quienes se destacaron como figuras pioneras del teatro local. El TEPRO se caracterizó por desarrollar una dramaturgia profundamente arraigada en la realidad del puerto, con temas que reflejaban las problemáticas sociales de la época. Bajo la convicción de que el teatro debía trascender los escenarios tradicionales, el grupo llevó sus montajes a las calles, buscando generar conciencia social y construir un vínculo más cercano a la gente.

Mientras tanto, el cine comenzaba a echar raíces en Valparaíso, con los espacios académicos como semillero de innovación. El Instituto de Arte de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso no solo entregó herramientas técnicas a nuevos cineastas, sino que impulsó una mirada crítica hacia el cine como vehículo cultural y político. Actividades como los cineclubes y el Festival de Cine Aficionado de 1963 en la Universidad Federico Santa María crearon un escenario propicio para que el cine afianzara su papel como medio de reflexión social.

A nivel internacional, el trabajo del cineasta Joris Ivens en su documental *Valparaíso* (1962) sirvió como una nueva mirada hacia la ciudad. Su filmación convirtió al puerto en una suerte de metáfora visual sobre la belleza y la miseria que coexistían en el paisaje urbano. Sin embargo, la verdadera transformación del cine local llegó con cineastas como Aldo Francia, cuyas obras reflejaron una crítica profunda a las desigualdades sociales de Valparaíso. Con películas como *Valparaíso, mi amor* (1969) y *Ya no basta con rezar* (1972), Francia utilizó la ciudad

como escenario para narrar la precariedad social que caracterizaba la vida de sus habitantes. En 1967, fundó el Festival de Cine Latinoamericano de Viña del Mar, un evento que se consolidó como un importante punto de encuentro para cineastas del Nuevo Cine Chileno y de toda América Latina. Este festival se erigió como un espacio para la experimentación y el cine de autor, alineado con los ideales de antiimperialismo y revolución social que marcaron la década.

Así, tanto el teatro como el cine contribuyeron a un panorama cultural transformador que respondía a las necesidades de una comunidad local diversa y a los impulsos creativos y políticos de una década marcada por el cambio. Este proceso no solo afectó al ámbito artístico, sino que también alteró las formas en que los/as porteños/as consumían cultura, ya que los cines, teatros, radios y la incipiente televisión se convirtieron en plataformas esenciales para la sociabilización y el acceso a nuevos contenidos. Mientras la radio ofrecía entretenimiento masivo y acompañaba las dinámicas diarias de los/as porteños/as, la televisión irrumpía con fuerza, transformando los hábitos de consumo y convirtiéndose en el medio más eficaz para conectar a la audiencia local con las realidades globales. Sin embargo, este avance trajo consigo el declive de los cines locales, especialmente en los cerros y barrios populares, desplazados por el atractivo de la nueva pantalla pequeña.

Francesco Cavalieri (2010) subraya cómo la televisión se convirtió en un medio esencial de información y entretenimiento para una sociedad en plena transformación, especialmente para las generaciones jóvenes:

“En la década del `60 corrían fuertes aires de cambio, la juventud pensaba cada día más en las decisiones del país, así también sus hábitos y costumbres repercutían en las que adoptaban otros grupos de la sociedad. Esta nueva generación vio en la televisión el medio más rápido y eficaz para entrar en contacto e informarse con otros países y otras realidades.” (p. 125).

A pesar del auge televisivo, el cine seguía siendo una de las formas de ocio más accesibles, aunque su programación estaba dominada por películas estadounidenses y europeas, las cuales promovían una visión norteamericanizada de la modernidad. No obstante, las industrias cinematográficas de México y Argentina fueron cruciales al ofrecer películas que no solo atendían a las demandas del público local, sino que también superaban las barreras del analfabetismo, facilitando el acceso al cine sin la necesidad de subtítulos.

De manera paralela, los canales universitarios de televisión, junto al crecimiento del Nuevo Cine Latinoamericano, abrieron nuevas oportunidades para que los jóvenes exploraran técnicas audiovisuales, impulsando la creación de contenidos más cercanos a sus realidades sociales y políticas. En Valparaíso, el cine, con sus numerosas salas en el centro de la ciudad, se consolidó como un fenómeno de masas. Por su parte, el teatro, aunque más contenido en los círculos académicos y

artísticos, y con menor visibilidad en los medios de comunicación, encontró en la televisión un aliado inesperado para proyectarse hacia nuevas audiencias y fortaleciendo su resonancia ideológica frente a lo estético. Esta sinergia muestra cómo las artes escénicas y audiovisuales evolucionaron en respuesta a las presiones culturales y tecnológicas, marcando un tránsito entre la tradición y la innovación.

El golpe de Estado de 1973 truncó este proceso de efervescencia artística, imponiendo un "apagón cultural" que impactó tanto al cine como al teatro. Si bien los años anteriores evidenciaron un auge en la experimentación y una creciente relación entre ambas disciplinas, las políticas de censura, la vigilancia ideológica y las restricciones al derecho de reunión cerraron muchas de estas puertas, alterando la relación de los/as habitantes con los espacios que históricamente habían sido puntos de encuentro y resistencia.

Sin embargo, a pesar de las brutales restricciones impuestas por el régimen, Valparaíso logró mantenerse como un territorio prolífico de convergencias culturales. La geografía misma de la ciudad, dividida por los cerros que simultáneamente separan y conectan, se convirtió en una metáfora de las dualidades que definían el consumo cultural en la ciudad: mientras el cine, con su producción masiva y proyecciones globales, se consolidaba como un arte accesible y popular que invitaba al espectador a mirar hacia el exterior, el teatro, más contenido en espacios pequeños y académicos, encontró en ese contexto un campo fértil para la reflexión socio-política, impulsando al espectador a mirar hacia adentro.

Así, en los años sesenta, Valparaíso no solo fue un escenario físico para el cine y el teatro, sino también un espacio simbólico donde las artes, atravesadas por fuerzas globales y locales, se erigieron como vehículos de memoria, transformación y resistencia. Este crisol de modernidad y tradición, de industria y comunidad, posiciona a Valparaíso como una metáfora viva de las diferencias que subyacen de forma ineludible en su corazón.

Rutas de la memoria: Un recorrido inmersivo por los teatros y cines Porteños de los 60

Para iniciar esta cartografía, es importante señalar que el texto está narrado desde una perspectiva inmersiva, permitiendo al lector situarse en el tiempo y espacio que se explora; y sumergirse en el imaginario porteño de los años sesenta. Este enfoque está en consonancia con su intención de trazar un enrutamiento lógico a través de las arterias culturales de la ciudad, invitando a recorrer los teatros y cines operativos durante el período estudiado. El recorrido revive el bullicio y las luces de un sábado por la noche en Valparaíso, mientras propone una guía patrimonial que conecta vestigios y espacios culturales aún activos. La ruta se despliega desde los teatros y

cines del Almendral hasta el Barrio Puerto, serpenteando los cerros a lo largo del icónico camino de la "cota 100" —el Camino Cintura y la Avenida Alemania—, y extendiéndose hasta los cerros periféricos y su circuito universitario, evocando los paisajes y dinámicas culturales que definieron la vida social de la ciudad puerto.

La reconstrucción de este imaginario se basa en un trabajo detallado que entrelaza lo documental con lo ficcional, alimentado principalmente por los recuerdos de quienes vivieron esa época, provenientes de entrevistas directas y de plataformas virtuales como la página "Valparaíso del recuerdo", administrada por Alberto López, David Hugueño y Mauricio Larco. Este espacio virtual y comunitario ha sido clave para la recuperación del archivo de aquellos años, ofreciendo un lugar donde los adultos mayores comparten memorias y anécdotas que, a través de comentarios y publicaciones, han enriquecido profundamente este recorrido. Otro pilar esencial ha sido *Memoria Matiné*, una plataforma virtual tipo blog creada por la fotógrafa Mariana Durán como parte de su investigación de tesis sobre los teatros y cines antiguos de Valparaíso. Mariana no solo compartió material clave de su investigación, sino que logró que la plataforma se convirtiera en un espacio vivo, sostenido hasta hoy por los comentarios y testimonios de sus seguidores, quienes han mantenido activa la memoria de estos espacios.

El aporte testimonial ha sido particularmente significativo. Algunas experiencias de las/os entrevistadas/os, pertenecientes al grupo de Adultos Mayores Autovalentes (AMA) del centro de salud CESFAM Barón, nos ayudaron a visualizar las características propias de los teatros. Nos contaron cuáles eran sus teatros favoritos y cuáles consideraban de menor calidad, ya sea por su estructura o por su parrilla programática. Asimismo, la entrevista a Don José Poblete, ex proyccionista de la época, fue una fuente invaluable. Con generosidad, relató su amor por los cines de Valparaíso y las experiencias vividas tras bambalinas, donde el celuloide y las luces del proyector cobraban vida.

Además, la investigación incorporó un registro visual cuidadosamente elaborado. Muchas de las fotografías antiguas de los teatros provienen de *Valparaíso del Recuerdo*, mientras que las fotografías actuales fueron realizadas durante un recorrido de observación directa, documentando lo que queda de estos espacios en el presente. La mayoría de estos cines y teatros han sido transformados en centros comerciales chinos, estacionamientos o edificios, con muy pocos conservando su fachada original.

Por otro lado, el trabajo con archivos históricos en la hemeroteca de la Biblioteca Santiago Severín fue fundamental para rescatar recortes de prensa de diarios como La Estrella y La Unión, que incluían las programaciones teatrales y cinematográficas de la época. Sin embargo, estas programaciones correspondían principalmente a los teatros y cines del centro de Valparaíso. La información sobre los cines de los cerros, en cambio, fue obtenida directamente de los recuerdos de los/as vecinos/as

de esos barrios, quienes aportaron otros detalles sobre las obras y películas que allí se exhibían.

Si bien los teatros y cines del centro de la ciudad cuentan con mayor documentación, los cines de los cerros presentan un desafío mayor debido a la naturaleza acotada de sus comunidades y a su limitado registro histórico. Estos espacios han dejado únicamente pistas fragmentadas que, junto con nuestra imaginación, han sido piezas clave para ensamblar este rompecabezas. En este ejercicio de recolección, textos como *Ayer soñé con Valparaíso* (2003), de Manuel Peña, y las columnas crónicas sobre los teatros y cines de Valparaíso en la plataforma *El Quinto Poder* han sido valiosas para complementar la narrativa.

Así, esta cartografía no solo aspira a documentar espacios y prácticas culturales, sino también a rescatar el espíritu de una época en que la memoria y la imaginación se entrelazan, permitiendo al lector participar de un recorrido que, más allá de su rigor histórico, invita a imaginar lo que fue y lo que pudo haber sido en la vibrante vida cultural de Valparaíso.

Eje Avenida Argentina

En pleno bullicio del Nudo Barón, donde convergen la ruta hacia la capital, la costanera y el núcleo ferroviario del puerto, se alza el reloj en el frontis de “Gasvalpo”, cuya estructura domina la mirada de los transeúntes que miran la hora. Son las ocho con veinte minutos; las luces en los cerros comienzan a titilar, mientras la silueta del gasómetro en Avenida Argentina 51 toma protagonismo sobre el antiguo estero “Las Delicias”. Los sonidos del tráfico y los murmullos de la gente se mezclan en un vaivén constante, mientras los camiones de Lipigas atraviesan la avenida a toda velocidad. Justo al lado, un pequeño centro comercial antecede la entrada del Teatro Avenida, anteriormente conocido como Teatro Mundial, cuyo frontis de madera despliega en letras rojas su nombre.



En su cartelera un afiche anuncia la esperada temporada de lucha libre con los mejores exponentes nacionales e internacionales. Esa noche se enfrentarán

¹ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en octubre de 2018

² Registro realizado en agosto de 2024

"Renato el Hermoso" y "Vittorio el Romano". No es el único espectáculo que el teatro ha albergado; en noches pasadas, el lugar vibró con las risas provocadas por espectáculos picarescos y de revistas musicales, como el famoso *show del Gordito de la noche*, un locutor de radio porteño que, acompañado por vedettes emplumadas, llenó la sala de picardía y humor al son del estilo parisino. Para quienes llegaban tarde, un detalle particular se quedaba en la memoria: aquellos se veían obligados a ingresar por el costado del telón, el acceso principal, y cruzar en puntillas por la platea hasta encontrar una butaca, mientras intentaban, con poco éxito, no interrumpir la función. Es un detalle que, según cuentan testigos de la época, confería al teatro un aire único y distinto a los demás de la ciudad, haciendo que los recién llegados se volvieran, aunque brevemente, parte del espectáculo.

En la columna *Tardes de cine* (2018), se evoca al Teatro Avenida con un encanto decadente: un exterior poco atractivo, pero destacaba un vestíbulo embaldosado y adornado con espejos. El interior, a su parecer, tenía un aire inhóspito. El piso de tablones crujía al paso, reflejo del descuido que se sumaba a la presencia constante de ratas, atraídas por la cercanía con el antiguo cauce del estero que desembocaba en el mar. El autor escribió: "(...) Y vaya que las había en abundancia estando a metros de uno de los cauces más colosales de la ciudad donde puedes transitar tranquilamente en auto (y a metros también del mar donde desemboca aquel cauce). A los aromas del baño súmenle los del gas pues estaba pareado con el gasómetro. Rotativo triple películas B."³ (*El quinto poder*, 2018)

A pesar de estas adversidades, el Teatro Avenida brilló como un lugar predilecto para los amantes del cine mexicano. Sus melodramas conquistaron a la audiencia porteña, convirtiendo al teatro en un refugio emocional para quienes buscaban vivir las intensas historias de amores imposibles y pasiones desbordadas.



³ El autor de la columna *Tardes de cine* (noviembre, 2018) y *Tardes de cine en los cerros de Valparaíso* (enero, 2019), publicadas en *El Quinto Poder*, se escribieron bajo el seudónimo de Henry Miller.

⁴ Diario La Estrella, mayo de 1960



5

Al salir, el camino sigue por la Avenida Argentina, donde los ecos de las películas y los comentarios de los asistentes resuenan en el aire. Al caminar hacia el final de la cuadra, un giro en el pasaje Quillota conduce al Teatro Chile, ubicado en el número 54, en medio de pesquerías y comercio local. Así lo recuerda Lidia: “Lo que contaban de que...entraban comiendo una presa de pescado. Ahí en el Chile po. Donde estaba al frente de las pescaderías y vendían pescado frito.”⁶



7



8

Al llegar al frontis del cine, el fuerte olor a “fritanga” se mezcla con la brisa marina y las conversaciones entre personas que salen de la función. Un hombre está vendiendo pescado frito envuelto en papel de diario, como si fueran palomitas de maíz en la entrada de un cine popular. Del cine sale una mezcla de espectadores, algunos ya medio “entonados” entre risas y bromas comentando los ronquidos en plena exhibición de “La calle” con Anthony Quinn, mientras una señora se queja de las pulgas que la han picado durante la proyección. Según registros de *Memoria Matiné* (2010), este mismo espacio también sirvió como teatro de variedades, y fue aquí donde el espectáculo del “Gordito de la Noche” tuvo sus primeras versiones.

Eje Plaza O’ Higgins

⁵ Diario La Estrella, abril de 1960

⁶ Entrevista a adultos mayores pertenecientes al programa AMA en el Cesfam Barón, septiembre 2024

⁷ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en julio de 2020

⁸ Registro realizado en agosto de 2024

El recorrido continúa, y a medida que dejamos atrás la Avenida Argentina y se alcanza la esquina con Calle Pedro Montt, se eleva la torre del Teatro Velarde en calle Uruguay 410. Su cúpula al estilo Art Decó destaca frente a la Plaza O'Higgins, antiguamente conocida como la Plaza de la Merced, como un ícono de la arquitectura de la época. En sus tiempos de esplendor, el Velarde albergaba a más de dos mil personas en su amplia sala y su amplio escenario albergó un repertorio diverso.

Según *Memoria Matiné* (2010), este teatro acogió a compañías de comedia, cómicos y prestigiosos ballets internacionales, como el Ballet Húngaro, el Ruso y el Africano de Nueva Guinea. Este último quedó inmortalizado en los recuerdos locales, ya que se encontraba en plena actuación cuando el terremoto de 1971 sacudió la ciudad, interrumpiendo abruptamente su presentación.



Al atravesar el foyer del teatro, decorado con maderas y detalles en bronce, se despliegan los carteles de la programación semanal: Cantinflas protagonizaba *Sube y Baja*, y esa misma noche se proyectará la esperada *La novicia rebelde* de Robert Wise, un clásico melodramático que atrae tanto a familias como a parejas jóvenes. Las funciones del Velarde ofrecen entretenimiento accesible, donde el drama y la comedia cruzan barreras de clase social y son disfrutados con el mismo entusiasmo.

⁹ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en septiembre de 2020

¹⁰ Registro realizado en agosto de 2024



11



12

Al avanzar por la esquina de calle Uruguay, y tras un corto trayecto de dos cuadras hacia el Parque Italia, se encuentra el Cine Rivoli en calle Victoria 2474. Su hall de entrada, embaldosado con un patrón de tablero de ajedrez en blanco y negro, recibe a los/as visitantes con un peculiar cartel que anuncia: “La función empieza cuando Ud. llega”. Este cine es célebre por su aparición en la película *Valparaíso, mi amor* (1969) de Aldo Francia y por su oferta popular de "rotativos", proyecciones que incluyen tripletas de acción, suspenso y policial, creando un festín para los amantes de las historias llenas de adrenalina y misterio.



13



14

El Rivoli ocupa un lugar tan ensoñador como nostálgico, una especie de cápsula del tiempo que evoca la magia de la infancia de generaciones:

“De amplio foyer, con decenas de paneaux¹⁵ con fotos de futuras programaciones, puertas caobas de pequeños vidrios biselados, asientos incómodos, de madera, su típico tufillo a baño y creolina y sus magníficos dobles: Goldfinger/Al Maestro con Cariño, o De Rusia con Amor/El Bueno, el Malo y el Feo, por ejemplo” (*El quinto poder*, 2018).

¹¹ Diario La Estrella, marzo de 1960

¹² Ídem, diciembre de 1965

¹³ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en mayo de 2021

¹⁴ Registro realizado en agosto de 2024

¹⁵ Paneles o carteles

La analogía del autor con Cinema Paradiso capta la esencia nostálgica del Rivoli: un lugar donde ver una película era mucho más que entretenimiento, era una experiencia sensorial única que marcaba la memoria individual como colectiva de sus asistentes.



16

Eje Pedro Montt

Dejando atrás el Teatro Rivoli, la ruta se interna por la arteria principal de Pedro Montt, corazón del centro de Valparaíso. Esta avenida, testigo del tránsito diario, anuncios y encuentros fortuitos en el núcleo del barrio comercial en el sector El Almendral, se albergan los teatros más prestigiosos de la ciudad. Aquí, los próximos espectadores se emperifollan para transitar por la reluciente calle de los teatros. Las chiquillas, tomadas del brazo, pasan hasta cruzar miradas con algún cadete naval, convirtiendo la avenida en un verdadero pasillo de cortejo bajo el pretexto de ir al cine, aunque en el fondo sea “para pescar un pinche”.

“Es que ese era el paseo. Desde Parque Italia para allá, por Pedro Montt. Llegábamos a la Plaza Victoria y se paseaban los cadetes navales también. Era chica. (...) Se paseaban todos. Y una se vestía, pero...se pinteaba para el día domingo”, recuerda Teresa, de 76 años.

En Pedro Montt 2111, justo en la intersección con calle Freire, la marquesina del Cine Metro anuncia su tradicional matiné dominical con las aventuras *de Tom y Jerry*, una cita infaltable para los/as más pequeños/as. Este cine, uno de los más elegantes de la ciudad-puerto, despliega una marquesina iluminada al estilo de las salas norteamericanas y londinenses. Esta noche, sin embargo, los focos brillan sobre *La hora 25*, adaptación de la novela de C. Virgil Gheorghiu, una de las tantas películas de MGM que atrae a un público muy variado.

¹⁶ Diario La Estrella, noviembre de 1965



17



18

“El cine fue una atracción de la gente por años. El cine empezó por la antigüedad, y la gente acudía el día feriado, los días domingos, los días festivos, de ir al cine. Incluso algunos conocían una polola y lo primero que le decían ‘te invito a ir al cine’. Esa era la entretención de los pololos antiguos. Ahora no. Tienen entretenciones pa’ todos lados. Y así po, los cines tenían un público excelente. Y eso fue decayendo” relata José Poblete, proyeccionista del Cine Metro por más de treinta años.¹⁹



Un cinéfilo de corazón, don José describe con entusiasmo y elocuencia la magia técnica que hacía del Cine Metro su favorito. Con orgullo, rememora los matinales dominicales, una tradición que convocaba al público infantil:

“El mejor cine, el metro. El metro trabaja de la mañana el día domingo con matinales pa’ los niños. Casi se llenaba con niños. Porque iban los padres con tres, cuatros hijos. Venían de todos lados los adultos. Se llenaba de autos afuera Pedro Montt. (...) Ahí se pasaban las películas de Walt Disney, de dibujos. Blanca nieves y los siete enanitos, bambi, el rey león.”

¹⁷ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en agosto de 2015

¹⁸ Registro realizado en agosto de 2024

¹⁹ Entrevista a José Poblete en Viña del mar, septiembre 2024



20



21

Frente al cine, la fila se extiende por la cuadra. Para aquellos impacientes de esperar, otras salas ofrecen una amplia gama de programaciones. Las luces de Pedro Montt transforman la calle en un verdadero espectáculo en sí mismo.

A solo una cuadra, en Pedro Montt 1951 previo a la intersección con calle Rodríguez, se alza el Teatro Imperio, cuyo diseño recuerda a los circos romanos de la época imperial: “Toda su decoración está asociada a los circos de esa época. Las lámparas son escudos de gladiadores, las decoraciones de los palcos son águilas imperiales y el motivo principal sobre la boca del escenario representa una carrera de cuadrigas en la arena de un coliseo” (*Memoria Matiné*, 2010)



22



23

Esa semana, el Teatro Imperio anuncia una presentación especial: el primer festival de la risa y la canción, con las presentaciones en vivo de *Radiotanda*, el programa radial más popular, junto a su entrañable personaje, *La Desideria*, encarnada por

²⁰ Diario La Estrella, octubre de 1967

²¹ Diario La Unión, enero de 1968

²² Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en agosto de 2020

²³ Registro realizado en agosto de 2024

Ana González. La fila se extiende por toda la Avenida Pedro Montt, tras escuchar el anuncio por la radio, con la esperanza de alcanzar boletos para la función de vermut y noche del domingo. Los asistentes esperan con ansias ver a sus estrellas radiales favoritas y disfrutar, al son de la música y las risas, una espectacular noche de fin de semana.



24

Aunque el Teatro Imperio era reconocido por sus espectáculos de humor y musicales, como todos los teatros de la época, su principal fuente de ingreso eran las proyecciones cinematográficas. En este contexto, César nos recuerda la posibilidad de que el Teatro Imperio haya proyectado películas locales, como *Valparaíso, mi amor* (1969), de Aldo Francia. Así lo menciona al compartir una reflexión sobre la época: “

“Yo vi las dos películas de Aldo Francia en el cine. *Valparaíso mi amor* me parece que en el Imperio y la otra *Ya no basta con rezar*, me parece que la ví en el Velarde. (...) Era la realidad que se vivía. Yo vengo del campo. Viví cuando tenía como 17 años. Entonces llegué a vivir al barrio puerto. Era una película basada en la realidad que se vivía, igual que *Ya no basta con rezar*. Te cuento una cosa, éramos muy diferentes nosotros en ese tiempo. La gente, a pesar de que había mucha pobreza, la gente era más alegre...”²⁵

El atractivo picaresco y musical del teatro Imperio tenía un estilo compartido con el tercer Teatro Victoria, situado justo al lado en el número 1937. La actuación popular y la música son la fuerza motriz de su programación. La confitería Forno, ubicada entre ambos teatros, es un punto de encuentro para los jóvenes que compran caramelos y calugas antes de entrar al cine. Allí, entre murmullos y los dulces “Sueños dorado”, un grupo de adolescentes planea su próxima “cimarra” para ver *Tarzán* el martes.

²⁴ Diario La Estrella, mayo de 1967

²⁵ Entrevista a adultos mayores pertenecientes al programa AMA en el Cesfam Barón, septiembre 2024



26



27

El Teatro Victoria, donde esta noche se estrena la revista musical *Mujeres, divinos demonios* al estilo del Bim Bam Bum, es uno de los favoritos para quienes buscan la picardía del espectáculo porteño. La monumental presencia del Teatro Victoria atraviesa una franja importante de la manzana hasta decantar en la boletería ubicada en el número 1948 de calle Chacabuco con una muchedumbre expectante a la función:

“Se entraba a platea y balcón por Pedro Montt y a galería por calle Chacabuco. Poseía una marquesina al más puro estilo de las estaciones del Metro de París y era arquitectónicamente de una belleza insuperable, aunque picante al máximo. El foyer era amplio, iluminado, quizás sobrecargado pero se habían esforzado para que, en su tiempo de gloria (que no conocí), fuera el más elegante. Que no te escuchara tu mamá decir “iré al Victoria”: te quedabas en casita”, bromea. (*El quinto poder*, 2018)



28

Un espectador frecuente de su programación cinematográfica y testigo de la elegancia del Teatro Victoria es César, quien comparte sus apreciaciones sobre la belleza y sofisticación del espacio: “El cine Victoria tenía un continuado. Daban tres

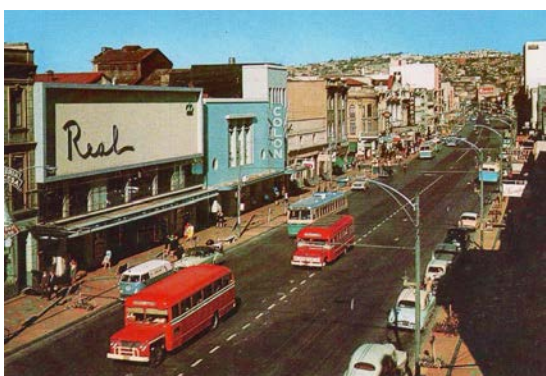
²⁶ Recuperado en Valparaíso del recuerdo, publicado en febrero de 2016

²⁷ Registro realizado en noviembre de 2024

²⁸ Diario La Estrella, junio de 1960

películas. (...) No era muy típico. El espacio físico era muy bonito, muy atractivo. Tenía platea, balcón... yo iba a galería, pagabas unos pesos. Estabai' todo el día. Daban puros westerns italianos. Ahí vi por ejemplo El bueno, el malo y el feo."

Al otro lado, un grupo de amigos sale del salón de Pool y Billares "El Hoyo", quejándose del olor a cigarro impregnado en la ropa y debatiendo a qué cine ir después. Decidió dirigirse al Cine Real en la casilla 1845 de la gran avenida. A media cuadra, pasando la Calle Las Heras, se aventuran a ver la comedia *El profesor y el León* de Earl Bellamy. Este cine, que alguna vez acogió espectáculos en vivo de gran importancia con numerosos artistas y compañías de danza, ahora se dedica por completo a la proyección de películas.



29



30

Mientras tanto, algunos en el grupo se detuvieron ante el Cine Colón, adyacente al Real en el número 1867. Más pequeño y menos moderno, el Cine Colón exhibe esa noche su cuarta semana de *Nacer o no nacer* de Alexander Ford, una película polaca sobre la legalización del aborto seguro. Una de las chicas se queda mirando en silencio y sigilosamente el afiche. Apretó sus manos sobre el borde de su falda de cuadros y pensó en colarse, como se solía hacer en ese cine, por la puerta de escape ubicada al final del pasillo. Pero antes de percatarse de la vigilancia del portero, uno de sus amigos la agarra del brazo y la arrastra hasta el Cine Real, frente a grandes ventanales y manillas de bronce. Entre risas, el mismo chico comenta que en el Cine Real "penaba" un famoso artista español, "El Niño de Utrera", quien falleció en el escenario durante su actuación.

Así lo describe Manuel Peña (2003), citando minuciosamente los diálogos de la escena más emotiva de la obra, cuando un marqués arrepentido de haber negado a su hijo recién nacido va a reconocerlo frente a la madre gitana, pero ella le dice que su hijo ha muerto:

"Esta escena hacía llorar a todo el público porteño por la emoción que lograban transmitir estos artistas. Quizás, en la penumbra del Teatro Real los españoles evocaban los tradicionales dúos que en los teatros de Madrid interpretaban Carmen

²⁹ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en agosto de 2023

³⁰ Registro realizado en agosto de 2024

Morell y Pepe Blanco. Pero esa noche, en plena función del Real, al recibir los aplausos, el Niño de Utrera cayó desplomado. La cortina se cerró y al cabo de un momento, el empresario salió al proscenio y anunció la muerte del artista. Un estremecimiento recorrió la platea. Los cortinajes se abrieron y toda la compañía cantó en escena con lagrimas en los ojos. (...) Durante todo el día, las emisoras del puerto transmitieron en homenaje al cantante 'El hijo de nadie' interpretado por este artista que lograba transmitir la emoción de España con ese famoso diálogo cantado" (p. 33)



31

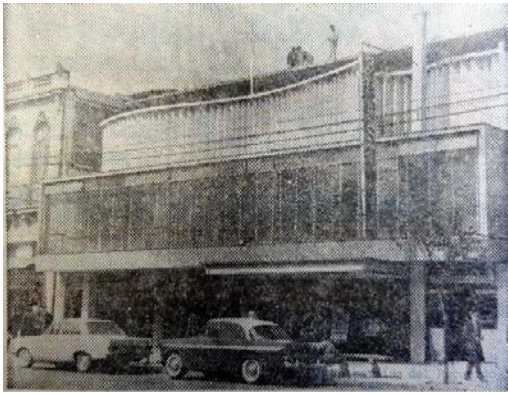


32

En menor medida por su infraestructura también se ubica frente a ellos el Cine Brasilia en el número 1831, reconocido por su programación de cine europeo de autor, particularmente el cine italiano. Así lo recuerda José Poblete, en su breve paso como proyccionista en el Brasilia, quien comenta: “un cine chiquito pero decente. Especial en películas italiana”. Las salas, ubicadas estratégicamente junto a plazas y parques principales, garantizaban una calidad de imagen y sonido impecable que elevaba la experiencia cinematográfica. Los recuerdos del columnista en *Tardes de Cine* (2018) testifican sobre el Cine Brasilia, la calidad de su interior y producción: “Atravieso la calle. Frente al Colón, el Brasilia. Su exterior modesto no se condecía con su elegante interior. Grandes cortinas grises para amortiguar el sonido y paredes con pequeñas estructuras romboides de yeso que hablaban de un estilo emergente, contemporáneo a la construcción de la capital de Brasil, imagino que de ahí venia su nombre. En el foyer, un magnífico y colorido mosaico de la ciudad. Películas clase A.” (*El quinto poder*, 2018)

³¹ Diario La Estrella, diciembre de 1965

³² Diario La Unión, junio de 1968



Esta sala, pequeña pero elegante, atrae a jóvenes de buen estrato social, quienes hacen fila para ver *Matrimonio a la italiana*, del reconocido Vittorio de Sica. Alrededor, los niños ofrecen limpiar los zapatos a los asistentes, y entre risas y polvo, la noche en Pedro Montt continúa siendo un espectáculo, donde cada esquina es un portal a un mundo de historias.



Eje Condell

Al final de la chispeante calle Pedro Montt, se extiende la emblemática Plaza Victoria, el corazón del plan de Valparaíso. Desde el atardecer hasta altas horas de la noche, la plaza bulle con jóvenes que pasean bajo la luna, en su punto más alto. Entre la multitud, destaca una figura inconfundible: un hombre alto y delgado, vestido impecablemente con un traje blanco a la medida, un pañuelo de seda roja en el cuello, y sombrero. A su lado, un perro del mismo color de su atuendo y un loro sobre el hombro completan su excéntrica presencia, mientras sus bigotes apuntan hacia arriba, atrayendo las miradas curiosas de los transeúntes.

Este singular personaje cruza hacia el solemne Cine Valparaíso en calle Plaza Victoria 1646 con pasaje Lira. En el foyer, una imponente entrada decorada al estilo rococó hasta llegar a una pintura de un grupo de músicos de jazz junto a un antiguo

³³ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en enero de 2017

³⁴ Registro realizado en agosto de 2024

³⁵ Diario La Estrella, diciembre de 1965

biplano, consulta el horario de la esperada *007 contra Goldfinger* de Guy Hamilton, protagonizada por el mismísimo Sean Connery. El Cine Valparaíso, como el primero en Chile en tener platea alta sin pilares, es una proeza de ingeniería. “Antes de comenzar la función sonaba una campana profunda, como desde el fondo del océano, y la melodía de ‘Pompa y Circunstancia’ amenizaba el intermedio”, relatan las memorias de la época (*Memoria Matiné*, 2010).



36



37

Antes de retirarse, el hombre compra caramelos en la confitería de un pequeño carruaje dorado de bronce, atendido por una mujer en uniforme azul que, tras envolverlos cuidadosamente, le sonríe y comenta: “Un gusto verlo nuevamente, Mr. Kirby”. Él responde con una inclinación de cabeza y se marcha hacia la plaza.



38

A un costado de Plaza Victoria, en la esquina de calle Molina con la vibrante calle Condell, se encuentra el reconocido Cine Condell en el número 1585, famoso por su cálido ambiente y “martes populares”:

“En los “martes populares” daban 2 películas y si uno guardaba la entrada podía pagar el mismo precio otros días de la semana. Los rotativos del Cine Condell eran los preferidos para pololear. (...) Era un cine muy popular, íntimo y ameno, pues se

³⁶ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en diciembre de 2017

³⁷ Registro realizado en agosto de 2024

³⁸ Diario La Estrella, diciembre de 1965

encontraba frente a la Plaza Victoria, antiguo centro social de la ciudad y punto de encuentro de familias completas que salían a pasear en esas tardes de verano” (*Memoria Matiné*, 2010)



39



40

Ese mismo día, el Cine Condell exhibe *El sexo y la joven soltera* de Richard Quine, protagonizada por Tony Curtis y Natalie Wood. Frente a la boletería, un joven se asegura de que nadie conocido lo observe antes de pedir una entrada, atraído por la curiosidad de su primera película “para mayores de 21 años”.

“También frente a la Plaza Victoria, el Condell, el más antiguo de todos: 106 años. Dentro de una galería comercial, detalle este el que seguramente lo ha salvado de la picota. Minúsculo, acogedor, un pastelito, una joyita del neoclasicismo francés. Porno soft en los 60’, porno heavy de los 70’ en adelante” (*El Quinto Poder*, 2018). Esta pequeña sala se había ganado la fama de ser un refugio tanto para los/as amantes del cine como para aquellos que buscaban un ambiente más íntimo, para disfrutar en pareja o en solitario.



41

Dos cuadras más allá pasando la calle Eleuterio Ramirez en Condell 1459, el Cine Central complementa la oferta de cintas para adultos, proyectando películas con contenido erótico en su local subterráneo, oculto en una galería y perfecto para quienes prefieren no ser vistos. Debían bajar las escaleras y ocurría un festín hormonal, conocido como un “antro de la perdición”. Así nos recuerda José Poblete en su breve paso por el cine Central:

³⁹ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en marzo de 2016

⁴⁰ Registro realizado en agosto de 2024

⁴¹ Diario La Unión, enero de 1968

“Yo trabajé en el Central. Como era subterráneo, hubieron varios problemas porque los gallos tomaban ese cine como un cine de sexo. (...) Pasaban películas crudas como las que pasaba el Teatro Condell. En el mismo Teatro Condell también. Los gallos van y se entusiasman tanto con la película, y van con la polola o con la amiga. Y después le empiezan a correrle mano ahí en la misma sala de cine.” Estos incidentes provocaron enfrentamientos con el personal del cine, que intervenía para detener la situación.



42



43

En su afán por atraer más público, el Cine Central incluso comenzó a ofrecer bebidas alcohólicas en su interior. Como apunta Poblete: “El cine central después empezó a vender hasta copete. Vendía combinados. ¿Supo eso usted? Que uno entraba al cine y pedía un combinado, se lo preparaban y se lo llevaban a la sala”

Si bien los cines como el Condell y el Central fueron reconocidos en los años 80 por ofrecer entretenimiento para adultos, en los años 60 ya comenzaban a mostrar películas de contenido erótico más suave. A pesar de esto, estos cines se consolidaron como espacios populares dentro de la clase media porteña, proyectando una variedad de películas internacionales y de autor. En el Cine Central, esa noche se proyecta *La usurpadora* de David Milled, con Susan Hayward y John Gavin en los papeles principales.

Al terminar la función, los espectadores se mezclan con los asistentes al salón de baile del Hotel Prat, donde los trajes elegantes confeccionados en la sastrería local *Establecimientos Gastón Ruddoff*, junto con los calzados *Para ti* de calle Condell, brillan bajo las luces de la ciudad, creando una atmósfera de sofisticación y contraste con el bullicio que rodea los cines. Pero unos metros más allá, en Condell 1349, casi en silencio, se encuentra el Instituto de Previsión de Empleados (IPA), un espacio cultural discreto que alberga una sala de teatro. Aquí, la propia compañía teatral del IPA se prepara para presentar la obra policial *La máquina de escribir* de Jean Cocteau. Desde el segundo piso de una casona con entrada por una larga escalera, se escuchan los ecos de los actores que dan inicio al rito de la función, rompiendo la quietud del lugar con un enérgico “¡Mierda, mierda, mierda!”. Algunos

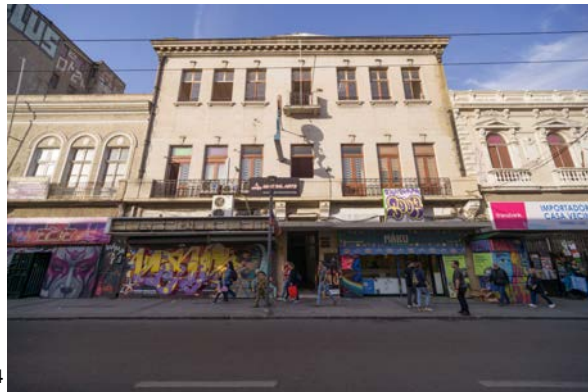
⁴² Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en agosto de 2023

⁴³ Registro realizado en agosto de 2024

transeúntes, ajenos a la escena que se despliega en ese espacio oculto, se quedan mirando hacia arriba sin comprender que en ese edificio, apartado del bullicio nocturno, se oculta un espectáculo teatral vibrante. La sala, con capacidad para 160 personas, está sobrepasada, y todos intentan colarse en el pasillo, buscando una butaca disponible.



44



45

La cantidad de teatros y cines -Metro, Imperio, Victoria, Colón, Brasilia, Valparaíso, Condell, Central, IPA- en el entorno de la Plaza Victoria no es una coincidencia, sino el resultado de la concentración cultural de la ciudad. Este cúmulo de edificaciones no solo conformaba el epicentro del entretenimiento porteño, sino también el núcleo social, donde convergían transeúntes provenientes de los diversos cerros y rincones de la ciudad laberíntica.

Eje Barrio Puerto

Al girar por calle Bellavista en dirección al mar, la avenida Brasil pronto se transforma en calle Blanco, donde se desliza un microbús rojo con franjas blancas, conocido por los mayores como “góndola”. Algunos niños se cuelan en la parte trasera y bajan a la altura de calle Blanco con Clave, dejando atrás la Plaza Sotomayor en dirección a la Aduana. Allí, mientras comen substancias y berlines, intentan colarse en la esquina de Avenida Errazuriz con calle San Martín 50 donde está el acceso del Teatro Pacífico, un conocido escenario para las películas mexicanas. Sin embargo, los descubre un acomodador, quien rápidamente avisa al administrador: un hombre canoso que, cojeando, los persigue con su bastón en mano.

El Teatro Pacífico, como recuerda *Memoria Matiné* (2010) “Poseía una arquitectura racionalista de líneas sobrias, muy pulcra, con pasamanos de bronce y cortinas preciosas. Era el teatro de los pescadores, por esto había una malla dorada con

⁴⁴ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en enero de 2016

⁴⁵ Registro realizado en noviembre de 2024

pescaditos y motivos marinos que se subía al empezar la película”. Este cine, además de proyectar una amplia variedad de películas mexicanas, españolas y argentinas, también ofrece contenidos para los/as más pequeños/as, como historias de Disney. Pertenecía a la familia Velarde, que lo mantenía como uno de los centros de entretenimiento más visitados en el barrio.



Esa noche, el teatro ofrece un estreno doble: *El dengue del amor*, una comedia mexicana dirigida por Roberto Rodríguez, y *Más bonita que ninguna*, película española dirigida por Luis César Amadori y protagonizada por la aclamada Rocío Dúrcal. Ambas cintas, llenas de música y humor, avivan el ambiente nocturno en el puerto. Similar al Teatro Avenida, el Pacífico también presentaba funciones en vivo de radionovelas, permitiendo que los personajes cobraran vida frente al público.

“Aquí daban el último capítulo de la radionovela antes de que se transmitiera en la radio. Entonces la plaza Echaurren se llenaba de personas vestidas para la ocasión, formando grupos de cientos que entraban al teatro para ver a sus personajes favoritos en carne y hueso” (*Memoria Matiné*, 2010)

Uno de los mayores éxitos fue *Una plegaria en el camino*, de la compañía de radioteatro dirigida por Arturo Moya Grau. En ocasiones especiales, este teatro ofrecía también funciones dramáticas, siendo *La dama del velo* una de las más recordadas por el público.

⁴⁶ Recuperado en Valparaíso del recuerdo, publicado en noviembre de 2021

⁴⁷ Registro realizado en agosto de 2024



48



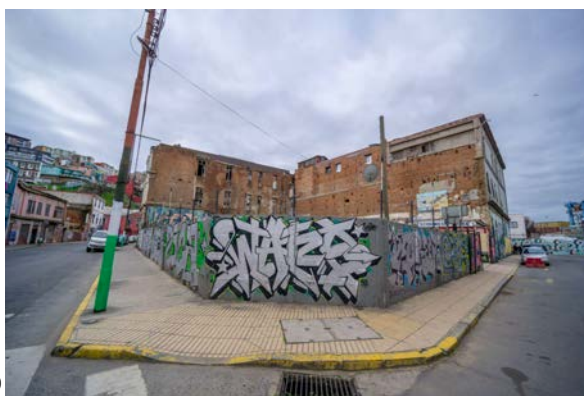
49

No muy lejos del Pacífico, en la intersección de la calle Cochrane con calle Márquez 150, se encontró el Cine Lux, conocido anteriormente como Cine Palace. Este cine estaba ubicado en una zona popularmente conocida como “el barrio chino” o “barrio rojo”. Esta área, oficialmente conocida como “La cuadra”, de carácter ocioso y placentero, donde el baile, la comida y el alcohol son sus principales manifestaciones.

Al igual que el Pacífico, el Cine Lux se especializaba en películas mexicanas y servía principalmente a trabajadores portuarios y marineros de misiones internacionales, quienes frecuentaban las inmediaciones de la Plaza Echaurren, un lugar donde la vida nocturna y la cultura popular vibraban a todo su esplendor.



50



51

La sala del Cine Lux es más pequeña y menos imponente que el majestuoso Teatro Pacífico, pero ofrecía programas triples a precios accesibles, mezclando películas viejas y nuevas. En la boletería, una mujer de semblante amargo y gesto cansado vendía entradas para el programa de esa noche, que incluía una película protagonizada por el icónico Elvis Presley. Un jubilado que llegaba desde la Plaza Echaurren, con un inconfundible aliento a alcohol, le preguntó por la función de *Escucha mi canción*, con el famoso Joselito. Distraída mientras acariciaba a un gato

⁴⁸ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en mayo de 2016

⁴⁹ Diario La Estrella, octubre de 1967

⁵⁰ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en octubre de 2018

⁵¹ Registro realizado en agosto de 2024

que se había refugiado en el cine, la mujer le respondió que esa función estaba en el Pacífico.



52

La proyección de cine latinoamericano en estos espacios no solo reflejaba el interés de los porteños por historias cercanas a su realidad, sino también una conexión cultural entre Valparaíso y el resto de Latinoamérica. La programación, cargada de narrativas populares, reflejaba a Valparaíso como una ciudad abierta al mar y al mundo, un espacio donde convergen diversas identidades y culturas en el ambiente portuario.

Eje Playa Ancha

Dejando atrás las clásicas marisquerías del barrio Echaurren y siguiendo por la calle Cochrane, se alza la imponente casona de la Aduana, testimonio de la historia marítima del puerto. Junto a ella, un joven cadete de la marina espera el funicular amarillo del cerro Artillería. Los cuatro carros del funicular suben y bajan activamente, conectando el plan con el paseo 21 de Mayo, donde se erige la Escuela Naval. Desde allí, Valparaíso se despliega en toda su grandeza: un mar de casas coloridas y grúas portuarias que resumen la esencia del puerto.

La noche es fresca, pero no lo suficiente como para disuadir de una caminata por el paseo 21 de Mayo. El recorrido nos lleva hasta la Avenida Gran Bretaña, famosa por sus casonas de principios del siglo XX, con fachadas continuas que delinean el paisaje urbano en el cerro. Entre las calles Necochea y Patricio Lynch, sobre la Avenida Gran Bretaña, se encuentra la plaza Waddington, un espacio comunitario clásico que reúne a los/as playa anchinos/as. Los niños se columpian, compitiendo por llegar más alto, mientras otros juegan alrededor de una locomotora de vapor de fabricación alemana, que decora la plaza como ornamentación urbana. En los escalones de la plaza, un grupo de amigos se sienta a tocar la guitarra, llenando el ambiente de música y risas, transformando el espacio en un auténtico centro social.

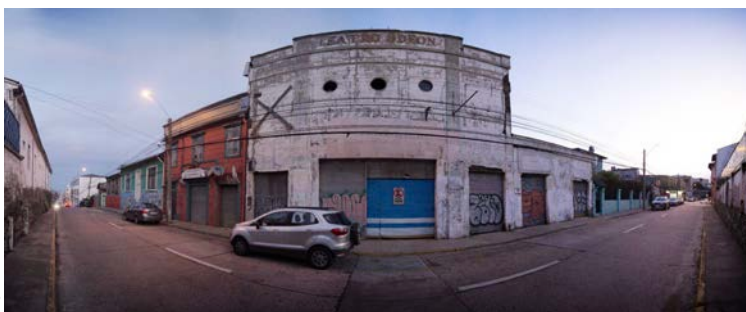
Uno de ellos, emocionado, acaba de salir del Teatro Odeón, ubicado en Patricio Lynch 144. Este teatro, según *Memoria Matiné* (2010), “fue el primero construido en un cerro; con materiales sólidos para resistir los sismos, su estructura era de dos pisos y contaba con cinco grandes puertas”. Con capacidad para 250 personas, el

⁵² Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en junio de 2018

Odeón ofrece un refugio cultural para los/as habitantes de Playa Ancha. Esa noche proyectaba *El látigo de acero*, un western dirigido por Franklin Adreon, lleno de aventuras y hazañas que cautivaban especialmente a los jóvenes.



53



54

Entre conversaciones y canciones, los amigos saludan a un chico apodado como el "cuco", un empleado del teatro que pasa corriendo con rollos de película en brazos, apresurado para llevarlos al Teatro Iris y cumplir con la "combinación" entre teatros. Aunque el Iris era la competencia del Odeón en el sector, solían compartir la misma programación cinematográfica. Ubicado frente a la plaza Waddington, en el número 540 de la Avenida Gran Bretaña, el Teatro Iris contaba con una sala más pequeña, pero se destacaba por su diseño arquitectónico refinado. Según los recuerdos de los vecinos/as, el teatro contaba con un fondo de madera para la orquesta y su fachada estaba decorada con las máscaras del teatro.



55



56

La dinámica entre los teatros del cerro, los encuentros en la plaza y las casonas que miran al mar dan vida a Playa Ancha, un barrio donde la comunidad y la cultura se entrelazan para formar parte de la memoria viva de Valparaíso.

⁵³ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en febrero de 2021

⁵⁴ Registro realizado en agosto de 2024

⁵⁵ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en febrero de 2016

⁵⁶ Registro realizado en agosto de 2024

Eje Cota 100

Un joven pasa a toda velocidad en bicicleta por la Avenida Gran Bretaña hasta interceder en la Subida Artillería donde en adelante se convierte en el Camino Cintura. Avanza por las callejuelas Garandillas, García Reyes y Alberto Blest Gana, hasta alcanzar la calle Cajillas. Se lanza cuesta abajo, saltando sobre los adoquines, y finalmente volvemos a las inmediaciones de la plaza Echaurren, esta vez por el costado de la calle Almirante Riveros. Desde allí, antes de tomar la calle Castillo hacia el cerro Cordillera, se oyen las invitaciones de las mujeres que, desde los balcones del segundo piso, animan a los transeúntes a visitar los míticos burdeles de la calle Clave, como la Casa Amarilla y los 7 Espejos. Lugares frecuentados por marineros de distintas nacionalidades, deseosos de sumergirse en la bohemia de Echaurren.

Siguiendo por la extensa calle Castillo hasta la intersección con Garcés, en el corazón del cerro Cordillera, se encuentra el cine Esmeralda. Según los relatos de los vecinos/as, “tenía un gran foyer con largas puertas enrejadas y los tres niveles clásicos: la platea con butacas tapizadas, el balcón con butacas simples y la galería o gallinero con tablones” (*Memoria Matiné*, 2010). Esa noche, proyectaban *La danza de los vampiros* de Roman Polanski, y el público, entre quejas y abucheos, le gritaban al encargado de colocar los rollos de celuloide cada vez que la proyección se cortaba, llamándolo por el apodo de “el Cojo”.

Sobre el famoso apodo, *Memoria Matiné* (2010) comenta: “Cine esmeralda, es posible que el “cojo” original haya trabajado en este cine, es decir, que el personaje encargado de poner los rollos de celuloide haya tenido un defecto en la pierna que llevó a la gente a referirse a él simplemente por “cojo” cuando se cortaba la película o se demoraba en empezar la función. Tuvo tanta relevancia que todas las personas que desempeñaron este oficio en los diferentes teatros quedaron bautizados con este apodo.”



57



58

⁵⁷ Recuperado en Valparaíso del recuerdo, publicado en septiembre de 2016

⁵⁸ Registro realizado en agosto de 2024

En ese instante, una mujer sube con esfuerzo cuesta arriba por la calle Castillo, cargando pesadas bolsas. Al llegar a la intersección con Camino Cintura, se detiene, respira jadeante y busca en su monedero. Su suerte mejora cuando ve el característico autobús verde de la compañía Buses Verde Mar, identificado con la letra “O”. Este autobús es reconocido por su trayecto de varios cerros, entre curvas cerradas y pendientes empinadas, enlazando a los vecinos/as de distintos barrios de los cerros Alegre, Cárcel, Jiménez, San Juan de Dios.

Al bajar por Guillermo Munich se encuentra la plazuela San Luis, en el Cerro Alegre, donde nace la larga Avenida Alemania, ofreciendo múltiples perspectivas de la costa, donde el resplandor del océano Pacífico se extiende en el horizonte. La plazuela, pequeña pero importante por conectar seis calles que llegan a ella, alberga el Teatro San Luis, ubicado en Montealegre 574. El autobús “O” se detiene para recoger más pasajeros. La mujer sonríe al escuchar los comentarios de los pasajeros que se han sentado frente a ella, quienes hablan animadamente sobre la película que acaban de ver en el Teatro San Luis, *Mash* de Robert Altman. Entre risas, mencionan con ironía la singularidad del lugar, donde la galería estaba en el sitio que normalmente ocuparía la platea y viceversa.



59



60

El trayecto del autobús continúa por Avenida Alemania hasta llegar a la intersección con la calle Principal, conocida después como General Mackenna, en el cerro Yungay. La mujer desciende del autobús y se adentra por esta calle cerro abajo. Tras algunas cuadras, llega a casa de su hermana, a quien visita para llevarle algo de comida. Justo en General Mackenna 627 en la esquina con el pasaje Voltaire, se encuentra el Cine Politeama. Esa misma noche, la hermana había disfrutado de un especial de Chaplin, animada por un pianista en vivo que acompañaba la película, mientras el público, instalado en sencillas bancas de madera, disfrutaba del espectáculo. Juan Espinoza nos comparte sus recuerdos sobre aquella época como un “tiempo lindo” y sobre este cine de su añorado barrio:

“El Politeama yo lo conocí. (...) Daban las cereales, puras cereales los días domingos. Ahí íbamos nosotros, con mi hermano. Con un peso entrábamos los dos.

⁵⁹ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en junio de 2022

⁶⁰ Registro realizado en noviembre de 2024

Era una pura sala grande. Y resulta que adelante estaban los asientos y atrás estaban las bancas. Entonces nosotros como teníamos poca plata íbamos a las bancas. (...) Y las cereales quedaban en lo mejor pa'l próximo domingo. Entonces nosotros nos entusiasmamos, almorzamos temprano e íbamos a galería porque no nos alcanzaba para la platea”⁶¹



62



63

En el cerro aledaño a Yungay, se encuentra el cerro Florida, hogar del Teatro Mauri. Se ingresa por el pasaje Collado en Avenida Alemania 6985, a espaldas de la Casa Museo La Sebastiana. Este teatro, de gran presencia y actividad en el barrio, compartía programación y artistas con el Teatro Politeama, conformando una red de entretenimiento para los vecinos y vecinas del sector. Según *Memoria Matiné* (2010): “Cuando inauguraron el Teatro Mauri existía en los cerros porteños una verdadera cadena de salas de cine que ofrecían permanente entretención a los habitantes de la parte alta. Eran por lo general salas modestas, que se caracterizaban por ofrecer películas de acción que ya habían sido proyectadas en las salas del plan”. Aunque el Teatro Mauri tuvo su época de esplendor en los años cincuenta, durante los sesenta siguió cautivando a los/as vecinos/as, que buscaban una cartelera variada entre películas checas, rusas, mexicanas y norteamericanas, todas a un paso de sus casas, sin la necesidad de bajar al plan.

“Hermoso edificio. Posiblemente un buen intento (y logrado) arquitectónico para asemejarse a los mejores cines del centro. Pareado a La Sebastiana, la casa de Pablo Neruda. A poco menos de 2 kilómetros de la casa de mi infancia en Avenida Baquedano, que finaliza (o inicia) en Avenida Alemania. Este trayecto lo hacíamos a pie (y en subida) al menos dos domingos al mes tomados de la mano de mi madre”. (*El Quinto Poder*, 2019). Este recuerdo no solo refleja la relevancia cultural del Teatro Mauri, sino también el vínculo emocional que los/as habitantes tenían con estos espacios, que marcaban el ritmo de su vida cotidiana y les ofrecían una ventana a otros mundos sin abandonar la intimidad de sus barrios.

⁶¹ Entrevista a adultos mayores pertenecientes al programa AMA en el Cesfam Barón, septiembre 2024

⁶² Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en enero de 2022. Corresponde a una reconstrucción del teatro realizado por la casa de la memoria en cerro Yungay.

⁶³ Registro realizado en agosto de 2024



64



65

A la siguiente cuadra del Teatro Mauri, en la intersección con la calle Ferrari, un grupo de niños se desafía en lanzarse cerro abajo en sus famosas “chanchas” o “carretones”. Estas tablas improvisadas, montadas sobre rodamientos untados de cera o vela para deslizar mejor, cuentan con cordeles o cuerdas que funcionan como manubrios. Con la adrenalina a flor de piel, los niños se lanzan cuesta abajo, compitiendo entre sí, en una carrera de gritos y risas que resuena en la calle Ferrari, hasta alcanzar la planicie en la calle Independencia.

Eje Larraín, Barón y Placeres

Mientras tanto, un joven pastor italiano queda sorprendido por la velocidad bajada de los niños. Aprovechando el momento, se sube a un trolebús que lo llevará por el centro, recorriendo la calle Colón hasta llegar nuevamente a la Avenida Argentina. Desde ahí, le espera una larga caminata por Sarmiento, rumbo al Cerro Larraín. El pastor avanza con calma, saludando a los vecinos y vecinas que lo reconocen, devolviéndole el saludo con cordialidad. Finalmente, llega a la calle Aquiles 485, entre Guillermo Weelwright y Sta. Justina, donde se encuentra la Parroquia Nuestra Señora del Pilar. En ese instante, un hombre que pasa por la misma calle se detiene y lo saluda: “Padre Narciso, ¿cómo está? ¿Cuál es la programación del domingo?”.

El Padre Narciso le sonríe y, sacando un ticket de su bolsillo, se lo entrega mientras le advierte con amabilidad: “Tenemos una proyección de cine italiano. Tómelo, puede entrar gratis, pero solo si lo veo en la misa de mañana”. El hombre acepta el boleto con entusiasmo y promete estar presente, como todos los domingos, tanto en la misa del mediodía como en la función de cine por la noche.

⁶⁴ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en marzo de 2018

⁶⁵ Registro realizado en agosto de 2024



Desde el Cerro Larraín, el hombre continúa su camino hacia el Cerro Barón . Recorre la calle Santa Inés, un tramo largo que cruza por arriba del Cerro Lecheros, y llega a la intersección con la calle General Bartolomé Mitre. En tan solo quince minutos alcanza el Cerro Barón, tomando la calle Vega hasta la intersección con O'Brien. Frente a la casa de su compadre, un asado en la vereda alumbra la noche y reúne a amigos y familiares en una animada conversación. Desde allí, se alza el Cine Barón, un lugar cargado de historias locales y recuerdos entrañables por los vecinos y vecinas del cerro.

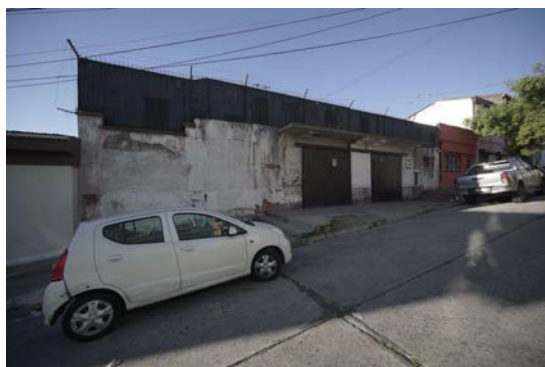
Luciana, una vecina del sector, compartió sus apreciaciones sobre este cine: “Yo en ese cine Barón, teníamos una vecina. Éramos chicos y nos traía al cine Barón. Yo siempre me recuerdo la película que yo vi, “El chagal de Nahueltoro” (...) Era una película muy fea. Era chilena. Yo una vez ya adulta la volví a ver en la tele. Y mucha gente en ese tiempo decía que fue injusto lo que hicieron con él, porque se suponía que el era un ignorante. Y por ignorancia se supone que hizo todo lo que hizo. A él lo metieron preso y lo educaron. Lo educaron y después vio lo malo que hizo. Y lo mataron. Entonces yo digo... que está bien. Ahora yo más adulta lo miro y digo que está bien. Porque si lo hubieran matado en ese tiempo, ignorante, se hubiera muerto sin saber lo mal que hizo. Me impresionó mucho esa película.”⁶⁸

Además, recuerda una peculiaridad del espacio: “Y otra cosa que tenía el cine Barón, que como éramos muchos, ahí todos pagaban. Ahí na’ que los niños entran gratis. Nos sentábamos todos atrás, al último de arriba, entonces los grandes se tomaban de la mano y tocaban la muralla, y les daba la corriente. Ahí le tomaban la mano a todos y todos estaban con la corriente.”

⁶⁶ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en septiembre de 2024

⁶⁷ Registro realizado en noviembre de 2024

⁶⁸ Entrevista a adultos mayores pertenecientes al programa AMA en el Cesfam Barón, septiembre 2024



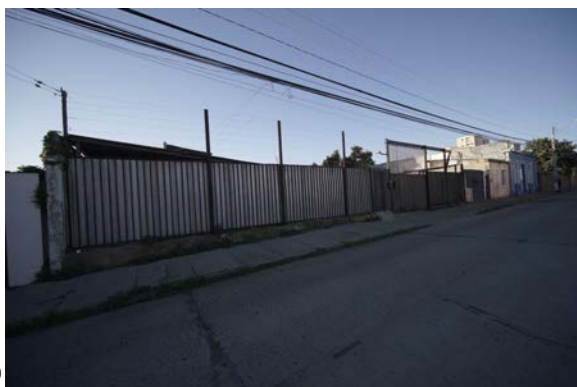
69

En medio de la reunión, también estaba presente un personaje conocido popularmente como el “Higo Seco”, un empleado de limpieza del Teatro Carrera, anclado en el 445 de la calle Amalia Paz, entre San Guillermo y San Luis, en el Cerro Placeres. Carismático y delgado, el “Higo Seco” tarareaba incansablemente la melodía de la película bélica *El puente sobre el río Kwai* de David Lean, que habían proyectado esa misma tarde en el cine. Marcando el compás con sus pies, se despidió del grupo y emprendió el camino hacia el Cerro Placeres, bajando por Diego Portales para luego subir por Amalia Paz hasta llegar al Teatro Carrera.

Al entrar, lo primero que hizo fue introducir una moneda en una pequeña máscara de metal ubicada en el vestíbulo, de la cual brotaba un chorrito de perfume. Aquella noche, el teatro olía intensamente a creolina, un insecticida que impregnaba el ambiente. El “Higo Seco” se asomó discretamente por la parte trasera de la sala para observar la proyección de la noche: *El festival de Woodstock*, un documental sobre la congregación hippie y su música rock. Los asistentes, entusiasmados, cantaban y sacaban su propio “cocavi”, que habían traído exclusivamente para disfrutar de la música. Aunque parecía que le esperaba bastante trabajo de limpieza al final de la función, el “Higo Seco” decidió tomar asiento en la última fila y disfrutar del espectáculo.



70



71

⁶⁹ Registro realizado en septiembre de 2024

⁷⁰ Recuperado de Valparaíso del recuerdo, publicado en febrero de 2020

⁷¹ Registro realizado en septiembre de 2024

Manuel Peña (2003), escribe con nostalgia y cariño sobre el Teatro Carrera:

“El foyer del teatro Carrera donde había seguido las películas de mi actriz favorita era tan elegante que en una pared había adosada una mascarita que representaba un fauno. Si uno le introducía una moneda, escupía un chorrito de perfume ‘Lancaster, tapa lila’, según decía mi tía Laura, enarcando las cejas y echándose el extracto detrás de las orejas con la punta de los dedos. La dueña del teatro era una mujer muy bien vestida, de pelo rojo, con varias hijas muy rubias y educadas, una de ellas inválida. Para mí, era una fiesta acudir allí a las funciones dominicales a admirar a mis actrices y actores favoritos, cuyos rostros contemplaba en las grandes vitrinas bajo llave. Nuestro sueño era apoderarnos un día de un cartel publicitario de ‘Mogambo’ con el rostro sabiamente maquillado de Grace Kelly o de una fotografía en blanco y negro de Ingrid Bergman de la que una amiga dijo que se parecía a mamá. Con mis primos canjeábamos envoltorios de caramelos Ambrosoli por unas figuras en las que aparecían esos mismos rostros impresos y los estampábamos luego en el maravilloso Álbum de Astros y Estrellas que nunca más he vuelto a ver...” (p. 35)

Entre cines, parroquias y teatros, este eje conecta los cerros Larraín, Barón y Placeres con un tejido de historias que refleja la riqueza cultural y comunitaria de Valparaíso, donde los espacios se transforman en escenarios de encuentros cotidianos y memorias compartidas.

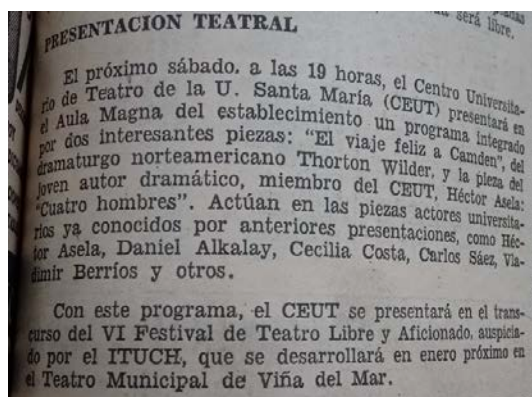
Eje universitario

Al finalizar la función, mientras el "Higo Seco" acomodaba sus utensilios de limpieza para cerrar la jornada en el Cine Carrera, un grupo de amigas universitarias discutía sus planes para el resto de la noche. Al descender por la calle San Luis, una de ellas, aún molesta por el dolor lumbar que le provocó sentarse en una butaca en mal estado, provocó las risas de sus amigas al recordar la anécdota. Este tipo de inconvenientes era común en los teatros de los cerros, donde la elegancia y la decadencia coexistían en un equilibrio peculiar. Tal como recuerda Laura, la precariedad de las butacas se convirtió en parte de la experiencia: "Yo creo que a más de alguna le tiene que haber pasado, que cuando éramos chicos íbamos al cine, nos sentábamos, y el asiento pasaba pa' abajo. Nos caímos muchas veces."⁷²

A medida que avanzaban por calle Los Placeres, el dolor lumbar de la joven se intensificó, recordándole las presiones académicas que le aguardaban. La imponente silueta de la Universidad Técnica Federico Santa María, que dominaba el paisaje de la calle, reforzaba su preocupación por los exámenes finales. Con resignación, declinó unirse a las cervezas prometidas después de la función, pero

⁷² Entrevista a adultos mayores pertenecientes al programa AMA en el Cesfam Barón, septiembre 2024

se comprometió a asistir la semana siguiente a *Cuatro Hombres*, dirigida por Héctor Asela del Centro de Estudios Universitarios de Teatro (CEUT), en la que actuaría una de sus amigas como parte de la programación cultural de la universidad.



73

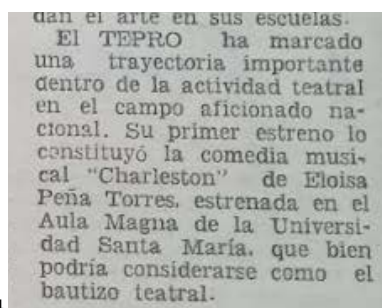
El Aula Magna de la universidad, con su carácter multifuncional, también permanece en la memoria ensoñadora de Manuel Peña (2003), quien destaca su atmósfera sofisticada y su público mayoritariamente adulto:

“También iba al Aula Magna de la Universidad Santa María que daba dos películas distintas el día domingo, una en la matinée para los niños y otra en la vermouth para los adultos. Mi placer mayor consistía en asistir a las dos funciones. El ambiente era elegante, con matrimonios muy bien vestidos y en su mayoría gente mayor que compraba mentitas. Costa en el mesón de los confites, antes de entrar. En el interior, transmitían siempre música clásica antes de las funciones y encendían unas luces bordeando la pantalla que representaban las banderas y escudos de los países. Aquí también presencié numerosas obras de teatro y conciertos. (...)” (p. 35)

El Aula Magna no solo proyectaba películas, sino que acogía estrenos teatrales como *Charleston* de Eloísa Peña y producciones cinematográficas acompañadas de foros, como la producción checa *Hoyo de Lobos*, moderada por Aldo Francia. Estos eventos transformaban el espacio académico en un núcleo cultural que unía a universitarios y vecinos/as del sector.



74



75

⁷³ Diario La estrella, noviembre de 1965

⁷⁴ ídem

⁷⁵ ídem

Tras despedir a la amiga accidentada, las dos restantes se toparon con dos compañeros estudiantes, quienes las invitaron a descender al plan en auto. Durante el trayecto por calle Errázuriz, animadas por el ritmo del twist de Óscar Arriagada en la radio, una de ellas notó con entusiasmo el cartel en la sede de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, posteriormente transformada en la Universidad de Valparaíso.

"¡Mira, Ceci! Esta noche presentarán El Vicario de Rolf Hochhuth," exclamó, interrumpiendo el parloteo de su amiga, quien estaba más interesada en coquetear con uno de los chicos.



Este edificio no solo acogió esa obra adaptada por Enrique Gajardo e interpretada por Sergio Aguirre, sino también producciones como la comedia *Juani en Sociedad* de William Douglas, dirigida por Luis A. Heiremans e interpretada por la reconocida actriz Silvia Piñeiro. Igualmente, fue escenario del Teatro Universitario de Valparaíso (TUV), que presentó versiones únicas como *Mac Bird* de Bárbara Garson, inspirada en *Macbeth* de Shakespeare y centrada en el asesinato de John F. Kennedy. Este montaje fue un hito cultural, siendo la única adaptación conocida en Latinoamérica, y su estreno generó gran expectación entre la comunidad porteña.



⁷⁶ Diario La Estrella, diciembre de 1965

⁷⁷ Diario La Estrella, octubre de 1967

⁷⁸ Diario La Estrella, diciembre de 1965

Valparaíso: Escenario de fragmentos y miradas

Es aquí donde culmina este vibrante recorrido por Valparaíso, una ciudad llena de vida y fervor artístico durante los años sesenta. Un sinfín de panoramas se desplegaban ante quienes se aventuraban en sus calles, buscando no solo ocio, sino también un encuentro, un instante de comunidad. La ciudad se ofrece como un caleidoscopio de posibilidades: actores y actrices, dramas y comedias, radionovelas, revistas musicales, melodrama, erotismo, acción y misterio. Cada esquina, cada teatro, cada cine, se erigía como un escenario de experiencias compartidas, donde las historias no solo se proyectaban en las pantallas o escenarios. La ciudad misma, con su caos ordenado, se presentaba como un espectáculo sin fin, un espacio de intercambio donde la memoria colectiva se construía a partir de las historias contadas en las filas de los cines, en los pasillos del teatro y en las plazas de encuentro.

Este panorama deviene de paisaje, y como tal, está ligado a una actividad de observación activa, no estática. En los años sesenta, asistir a los teatros y cines de Valparaíso no era solo un acto de esparcimiento, sino una experiencia que se desplegaba ante los ojos del espectador como un vasto horizonte, que se expandía más allá del escenario, fundiéndose con la misma topografía de la ciudad. Este paisaje no es homogéneo, sino profundamente heterogéneo, reflejo de la diversidad cultural que marcaba la época. En cada barrio, en cada cerro, se vivía una pulsión distinta, una vibrante mezcla de lo popular y lo cómodo, de lo marginado y lo céntrico, donde las contradicciones y tensiones formaban una trama viva, como un mural inacabado que se pintaba cada día.

El espectador no era una figura pasiva. Su presencia y mirada transformaron la experiencia. A través de la atención puesta en la obra o película, también se tejían historias paralelas, como las que nacían de miradas cómplices, gestos furtivos y encuentros inesperados. El teatro y el cine se convertían en el pretexto para salir al mundo, para mostrarse y encarnar un momento de afirmación personal y colectiva. Ir al teatro en Valparaíso no solo era un acto cultural, sino un ritual social, un espacio de visibilidad. El vestuario cuidadoso, las "pilchas" bien escogidas, el paso por las calles iluminadas por los letreros de los cines, todo formaba parte de ese teatro urbano donde la ciudad misma se convertía en escenario. Y aunque la bohemia porteña también llevaba las huellas de la precariedad, como butacas gastadas, las pulgas o los olores a pescado frito, eso no restaba vibración a la experiencia; al contrario, reflejaba la esencia misma de Valparaíso: un lugar forjado entre la decadencia y el renacimiento constante.

En esta contradicción, entre la elegancia y la precariedad, se encontraba el espíritu del Valparaíso de los años sesenta. En las sombras de la decadencia material, emergía la vibrante vida cultural de la ciudad, que se tejía entre las paredes de

teatros y cines imperfectos, pero siempre espacios de encuentro, creación y comunidad. Los relatos de quienes vivieron esos momentos nos hablan de una ciudad que se transformó en un personaje más de la escena, un lugar que, como su puerto, se construyó y destruía a cada paso.

Al igual que un panorama dilatado, Valparaíso, con su topografía de cerros y mar, se percibía como un paisaje plural, cargado de significados diversos que solo se comprendían a través de la mirada compartida de aquellos que lo habitaban. Desde cualquier punto de observación, la ciudad ofrecía un horizonte donde los límites entre lo observado y el observador se disolvían, donde cada espectador, cada habitante, veía en Valparaíso no solo una ciudad, sino un reflejo de sí mismo, fragmentado y múltiple, pero al mismo tiempo entero.

En este juego de miradas y reflejos, Valparaíso se nos revela como un gran escenario que se observa a sí mismo, un teatro cuyo espectáculo es la ciudad misma. Como bien dice Allan Browne (1999)⁷⁹: “El año nuevo en el mar es una función de teatro, en que los palcos, la galería y la platea son toda la bahía, y cuando termina el espectáculo la gente aplaude desde sus casas. Eso comprueba que es un teatro. El escenario más importante de este teatro es el mar. (...) Esta forma de herradura y esta especie de mano que cae sobre el mar, que son los cerros. Toda esta situación de constitución topográfica de Valparaíso produce una visualidad muy potente. Porque siempre la ciudad se está mirando así misma, se está contemplando. El espectáculo de la ciudad es ella misma”. El mar, como escenario principal, se mezcla con los cerros, y a su vez, toda la ciudad se convierte en la meseta, un lugar donde los habitantes, al igual que espectadores atentos, observan el espectáculo de su propia existencia.

Como un mosaico incompleto, Valparaíso refleja su propia condición de puerto de la fama y el olvido, un lugar donde el tiempo se diluye entre la memoria colectiva y la constante reconfiguración de sus espacios. Y como un gran escenario en movimiento, Valparaíso se convirtió en el verdadero protagonista de una historia de contrastes, de vidas entrelazadas, de aspiraciones que nunca dejaron de buscar una forma de expresión. Aquí, el arte no solo era entretenimiento: era un acto de visibilidad y pertenencia, un rito de paso que configuraba las identidades de la comunidad. En los rincones más remotos de sus cerros, como en el bullicio de sus calles principales, la ciudad se mostraba a través de un continuo proceso de transformación, siempre impredecible, siempre intenso.

⁷⁹ Palabras de Allan Browne en el documental *Valparaíso en el corazón* (1999), dirigido por Gastón Ancelovici.

Referencias

Cavallo, A. y Díaz, C. (2007). *Explotados y benditos: mito y desmitificación del cine chileno de los 60* (págs. 15-36, 265-279). Uqbar Editores.

Cavalieri, F. (2010). *Matiné, vermut y noche de los teatros porteños* (Tesis). Escuela de Cine, Facultad de Arquitectura, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile. Recuperado de <https://repositoriobibliotecas.uv.cl/items/ff0c6140-f732-4aef-9d0f-8288195e7d74>

Chandía, M. (2013). *La Cuadra: pasión, vino y se fue... Cultura popular, habitar y memoria histórica en el Barrio Puerto de Valparaíso*. RIL Editores.

Duarte, L. (2013). *Valparaíso en la vorágine de los años sesenta. Primeros síntomas de la teología de la liberación*. (pp. 7–21). Editorial Puntángelos de la Universidad de Playa Ancha

Durán, M. (2010). *Memoria Matiné*. Recuperado de <https://www.memoriamatinee.com/>

El Quinto Poder. (2019, enero). *Tardes de cine en los cerros de Valparaíso*. Recuperado de <https://www.elquintopoder.cl/sociedad/tardes-de-cine-en-los-cerros-de-valparaiso/>

El Quinto Poder. (2018, noviembre). *Tardes de cine*. Recuperado de <https://www.elquintopoder.cl/sociedad/tardes-de-cine/>

García Saavedra, S. (2019). *Furia Pop, recepción crítica y exploraciones de un imaginario popular en el arte de los años sesenta en Chile*. Inmaterial. Diseño, Arte y Sociedad. 4(7), pp. 45-69. Recuperado de <https://inmaterialdesign.com>

Ilabaca, G. (2023). *Valparaíso para principiantes y moribundos*. Ediciones Universitarias de Valparaíso

López, A., Hugueño, D., & Larco, M. (Administradores). (sf). *Valparaíso del recuerdo* [Grupo de Facebook]. Recuperado durante agosto-noviembre 2024, de <https://web.facebook.com/groups/valparaiso.del.reuerdo.2>

Peña, M. (2003). *Ayer soñé con Valparaíso*. Recuperado de <https://www.biblioteca.org.ar/libros/89471.pdf>

Sentis, V. (2012). *Teatro en Valparaíso 1950-2000*. Recuperado de <https://historiadelteatroenvalparaiso.cl/1950-2000/>

Valenzuela González, P. (2003). *Apuntes del cine porteño*. Edición Gobierno Regional de Valparaíso.

Anexos



(Primer encuentro con adultas mayores del programa AMA en el Cesfam Barón. Realizado en agosto de 2024)



(Segundo encuentro con adultas mayores del programa AMA en Parroquia Sagrado Corazón de Jesús en Cerro Barón. Realizado en septiembre de 2024)